

## Neumonía por COVID-19. Memoria personal sobre la pandemia y el postestallido

Héctor Ponce de la Fuente<sup>1</sup>

Mientras vivía mi larga recuperación de la neumonía por la COVID-19, leí algunas entrevistas y notas publicadas en la prensa internacional. Fueron largos 21 días en cama, abrumado por los exámenes que revelaban la presencia de un virus todavía en etapa de estudio para investigadores y médicos. Casi de manera natural, pensé en escribir algunas ideas en mi libreta de apuntes. Cuando la fiebre y las molestias de la enfermedad me permitieron tener algo de lucidez, comencé a almacenar en mis notas del *iPhone* los escritos ya leídos y que consideré interesantes de revisar e interpretar. Muchas de estas publicaciones las compartí con amigos, pensando que, ya por la complicidad del encierro o la necesidad de tener alguna “zona de escucha”, serían una entrada al menos activa sobre esta pandemia que vino a cambiar nuestras vidas. Confinado en la soledad de mi habitación traté de repasar infinitas veces los últimos días previos a mi caída en la clínica. Nunca sabré con exactitud en qué momento contraí la enfermedad, pero, escuchando a uno de los médicos que visité apenas pude, creo que mi contagio ocurrió seguramente en un banco o en un supermercado. Estando en cama me enteré de otros contagios entre colegas de mi Departamento de Teatro. Lamentablemente, uno de nosotros murió después de haber resistido

---

<sup>1</sup> Profesor de la Facultad de Artes, Universidad de Chile, doctor en Semiótica, Universidad Nacional de Córdoba, y egresado del Doctorado en Literatura de la Universidad de Chile. Posdoctorado en Ciencias Sociales en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (en curso).

durante muchos días de hospitalización; otra compañera de trabajo, Cristina Alvarado, resistió por más de un mes en un hospital, hasta que pudo regresar a casa. La muerte de Germán Droghetti nos conmovió al punto de hacernos coincidir en una reunión colectiva a través de *Zoom*, espacio de testimonio en el que muchos colegas recordaron y homenajearon a uno de los docentes más destacados de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.

Sobrevivir a la COVID-19 puede ser producto de la suerte, aunque la evidencia científica dice que el virus es abiertamente discriminatorio. En Europa, cuando la enfermedad comenzaba a ser vista con preocupación desde Latinoamérica, los ancianos fueron los primeros condenados. De alguna forma la desidia, o abiertamente una determinación implícitamente eugenésica, hizo que los adultos mayores sucumbieran como efecto del abandono y la ausencia de medidas oportunas. Pensé en la novela de Bioy Casares y en otra literatura de ficción. Los ancianos españoles, italianos y franceses pasaron a engrosar las estadísticas de aquellas vidas que menos importan. Otro tanto sucedía con los obesos, los hipertensos y los diabéticos. Ni qué decir de los pobres excluidos de los sistemas de protección social. La epidemia devenida en pandemia hizo cristalizar todos los sueños apocalípticos del mejor cine de muertes catastróficas, al punto que filósofos como Byung-Chul Han, Slavoj Žižek, Paul B. Preciado o Jean Luc Nancy, anunciaron sugerentes lecturas sobre un presente que nos conduce, inexorablemente, a pensar en la fragilidad de la especie y hasta en el mismo término de su existencia.

Pensar en un mundo extremadamente aséptico, así como de un control cada vez estricto desde las lógicas del poder, o en las implicancias que evidencia el nuevo régimen del capitalismo de plataformas, entre otros temas, sugiere un mundo parecido al de las premoniciones bíblicas. La palabra “distanciamiento” se volvió recurrente en los medios digitales de ambas orillas del Atlántico. De fondo, en toda esta narración mediática, reproducida en infinidad de ocasiones, predomina un escenario de incertidumbre que alimenta los deseos de gobiernos conservadores. Países como Chile o Colombia, que vivieron episodios de

estallido social en 2019, propiciaron el encierro no solo como medida de control de la pandemia, sino también como la forma más propicia para contener el malestar y la insubordinación de la población. Entonces aparecieron las tácticas o tecnologías del poder, una serie progresiva de políticas de control sobre la vida, casi como si fuera la aplicación de manual de aquello que Michel Foucault denominara como “biopolítica” en sus últimos libros. Como extensión de esta “nueva normalidad”, decretada desde la proclama oficial, miles de personas perdieron sus empleos, incluidos los inmigrantes que ya venían precarizados desde antes de octubre de 2019. En Chile, hablar de “regreso a la normalidad” connota amplios sentidos, porque para el gobierno actual normalizar quiere decir borrar o dejar de hacer visibles las demandas sociales apoyadas por una mayoría. De modo que la insistencia en su uso, así como también el apego a todo control sobre la población, refuerzan la tesis de los círculos más reaccionarios del poder: “vigilar” y “castigar” son dos palabras implícitas en este escenario de pandemia, y refuerzan el sentido de una gobernanza férrea en sus empeños de disciplinamiento.

## **Estallido y postestallido**

A la distancia decretada por órdenes oficiales sobrevino un encierro natural y, con ello, la primera evidencia de una sociedad altamente segregada. Si el estallido social de octubre hizo ver las enormes brechas entre los defensores de un modelo neoliberal y las demandas sociales impulsadas por una mayoría abrumadora, la expansión del virus transparentó la violencia de las diferencias entre quienes tienen empleo formal —y en consecuencia acceso, entre otras cosas, a salud privada— y aquellos que, pese al miedo y las prohibiciones, debieron salir a la calle. El drama social de las personas que no pudieron hacer teletrabajo desde sus casas desnudó otro relato mítico defendido por economistas de diversa estirpe.

Chile es un relato construido a fuerza de eufemismos y mistificaciones. La palabra “mérito”, que ha generado una gran discusión en el último tiempo, y no solo en Chile, puede servir de ejemplo para

ilustrar la idea de “relato” a la que me refiero. Ocurre que, cuando se usa como sinónimo de “esfuerzo”, una acepción cargada de ideología recorre de punta a cabo su puesta en discurso. De tal modo que el mérito, en boca de un político o un economista de derecha, es un vector que conduce a la idea, bastante tácita, de que quienes son pobres no son necesariamente los más trabajadores; muy por el contrario, los pobres reproducen una especie de determinismo atávico en el que siempre fracasan, porque no han sido investidos del tan mentado “mérito”. Detrás de toda *meritocracia* se esconde un marcador discursivo de clase. El mérito en sí no es el problema; el punto es que su uso adquiere un efecto connotativo que subraya las ventajas de un sistema abiertamente discriminatorio. Su opuesto sería el trabajo colaborativo a partir de solidaridades compartidas; es decir, la producción de fraternidad que, en palabras de François Dubet, posibilita un espacio de igualdad que permite el acceso de las mayorías a la educación, la salud y el trabajo.

Toda la narrativa de país emblema y ejemplar evidenció de golpe sus fallas sistémicas, revelando aquello que los economistas disfrazaban en estadísticas mañosas. El enriquecimiento acelerado de una elite muy autocomplaciente, sumado al mejoramiento parcial de condiciones de acceso a bienes por parte de una indefinida clase media, nunca terminaron de sellar la brecha enorme de pobreza que separaba cada día a más a la población. La modernidad, y su cara más pedestre, la modernización, llegaron solo a un par de comunas y otro tanto de barrios privados, en los que generalmente abundan los supermercados y las cadenas de farmacias. Pero en ese otro país, en el que solo existe un consultorio desprovisto de infraestructura y recursos humanos, la noticia del virus llegó de improviso, sin la existencia de una red social de apoyo, salvo el de los inefables alcaldes, deseosos de aparecer en los matinales de la televisión pública. A la falta de decisiones —y responsabilidades— políticas, Chile siempre ofrece una salida solidaria, basada en un contradictorio repertorio de frases clisés. Nuestra humanidad, la solidaridad de los pobres, esconde la enorme diferencia material que los poderosos cubren bajo una escenografía asistencialista. Así, hasta los narcos que controlan muchos barrios depreciados resultan más astutos que la clase política mandatada por el capital. Efectivamente, como

lo han repetido innumerables especialistas, el narco ocupa el espacio abandonado por el Estado, de ahí su eficacia, material y simbólica, en el imaginario de los vecinos narcodependientes.

Tenemos muchos muertos y heridos que se suman a la interminable lista de pérdidas humanas por la COVID-19. Son los muertos del estallido social de octubre, simbolizados en los rostros de Gustavo Gatica y Fabiola Campillay. Sin ir más allá, en mi Departamento también tenemos un estudiante que perdió uno de sus ojos; otros tantos fueron golpeados y detenidos. La violencia oficial creó un estado de excepción que ha mutado a estado de catástrofe, fórmulas ambas que coinciden en la suspensión de muchos derechos, creando la sensación de falsa calma y de necesaria aceptación de las prebendas de control público. Las demandas que cristalizaron en el estallido quedaron omitidas durante este largo periodo de confinamiento, pero de seguro están ahí, como una fuerza contenida esperando buscar un cauce hacia su nueva manifestación.

### **Dormir y despertar en un mundo aséptico**

La experiencia del contagio es por momentos inefable, porque tanto las sensaciones propias como la percepción externa hacen de esta pandemia (hoy día endemia) una situación casi indescriptible. Todo comienza con un estado febril, acompañado de frío, y avanza hacia un estadio de indeterminación, una suerte de vacío representacional en el que se siente miedo por uno mismo y por sus cercanos. La enfermedad ingresa como un huésped invisible, pero se hace notar después de un par de días, cuando se comienza a perder el olfato (recuerdo que mi prueba de fuego fue no distinguir el aroma del *Lisoform*). Se puede llegar a tener una muestra PCR con resultado negativo (como en mi caso), pero el test rápido o el escáner de tórax suelen ser infalibles. Entre la inmunoglobulina G (IGG) y la inmunoglobulina M (IGM) se evidencia una especie de memoria del virus, al punto que es muy probable tener un resultado contradictorio: por un lado, positivo y, por otro, negativo. Para llegar a una impresión diagnóstica como la que conocí en el último

examen —“discretos focos de condensación acinar parcial, sugerente de COVID-19 en remisión avanzada”— deben pasar meses. Todavía siento la sensación de más trabajo en el simple ejercicio de respirar, sobre todo en las noches, pero los médicos especialistas dicen que es algo común en los pacientes dados de alta.

Paul Preciado contrajo el virus y a partir de su experiencia escribe una bella carta de amor. Al leer su nota pude reconocerme en algunas sensaciones, sobre todo en la idea de una suerte de suspensión o ingravidez, muy parecida a la del estado febril, pero acentuada en la medida en que, al percibir los síntomas, comienza una lectura en serie de los posibles desenlaces, casi todos conducentes a la idea de la muerte por asfixia. Comparto una cita del texto de Preciado:

Lo primero que hice cuando salí de la cama después de estar enfermo con el virus durante una semana tan intensa y extraña como un nuevo continente, fue hacerme a mí mismo esa pregunta. ¿Bajo qué condiciones y de qué forma merecería la pena seguir viviendo? Lo segundo, antes de encontrar respuesta a esa pregunta, fue escribir una carta de amor. De todas las teorías del complot que he leído la que más me seduce es la que dice que el virus fue creado por un laboratorio para que todos los *losers* del planeta pudiéramos recuperar de una vez a nuestros *exs*— sin vernos forzados sin embargo a volver con ellos<sup>2</sup>.

La diferencia entre lo escrito por Preciado y lo expresado por Han, Žižek y Giordano es que el primero sí estuvo enfermo. Es decir, padeció en cuerpo propio los flagelos del virus. La diferencia entre el miedo de Giordano —“tengo miedo de caer enfermo”— y el de Preciado es de orden claramente fenoménico: uno de ellos vivió la experiencia de estar contagiado, de pasar muchos días en cama, de sentir el desapego,

---

<sup>2</sup> El texto de Paul B. Preciado, que publicó Página 12 el 3 de abril de 2020, es un interesante acercamiento a la problemática de la gobernanza en tiempos de excepción, aunque también resulta muy sugerente leer sus ideas con relación al cambio desde el punto de vista de la percepción sensorial y afectiva que supone el hecho de someterse a un régimen estricto de aislamiento.

la soledad y la incertidumbre del día siguiente. Pero eso no hace menos válido el hermoso ejercicio de Giordano, publicado bajo el nombre de *Nel contagio* en marzo de este año. El librito, que leo en su traducción al español como *En tiempos de contagio*, se abre con una referencia un tanto previsible:

La epidemia de Covid va camino de convertirse en la emergencia sanitaria más importante de nuestra época. No es la primera ni la última (...); sin embargo, a tres meses de su aparición ya ha marcado un hito: el Sars-Cov-2 es el primer virus que logra extenderse así de rápido a escala mundial. Mientras que otros muy parecidos, como su predecesor el Sars-Cov, se contuvieron en poco tiempo, y algunos como el VIH llevan años acechando en las sombras, el Sars-Cov-2 ha sido más audaz, y su desfachatez nos ha revelado algo que ya sabíamos, pero no lográbamos calibrar del todo: la pluralidad de niveles en que estamos conectados los unos a los otros, así como la complejidad del mundo que habitamos, de sus dinámicas sociales, políticas, económicas e incluso interpersonales y psíquicas. (2020, pp. 9-10)

Han, por su parte, pronostica un mundo de tecnologías de vigilancia, algo no muy distinto de lo ya soñado por la ficción de narrativas escatológicas que anunciaron un futuro verdaderamente ominoso. En marzo, en una nota publicada en *El País*<sup>3</sup>, el filósofo coreano-alemán hacía comparaciones entre las formas de enfrentar la pandemia. Por un lado, China, el país de origen del virus, o Corea del Sur, demostraban eficiencia en la manera de administrar los contagios (que, en ese momento, aclaro, apenas superaban el centenar de casos), y por otro Europa, donde quitaban los respiradores a los viejos para cederlos a los más jóvenes y se decretaban los cierres de fronteras como expresión, desesperada, de un evidente impulso soberano: “Nos sentimos de vuelta en el época de la soberanía. El soberano es quien decide sobre el estado de excepción. Es soberano quien cierra fronteras”. Pero las ventajas de Asia respecto de Europa tienen un fondo de explicación en la

---

<sup>3</sup> “La emergencia viral y el mundo de mañana. Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que piensa desde Berlín”, *El País*, 22 de marzo de 2020.

mentalidad autoritaria de quienes habitan en China, Hong Kong, Taiwán o Singapur. No solo se trata de personas más obedientes, sino, y sobre todo, de ciudadanos más confiados en el Estado. De ahí la obsecuencia inmediata por la vigilancia digital y la esperanza en el *big data* que, más allá del trabajo de virólogos y epidemiólogos, resulta ser el verdadero depositario de los deseos de millones de asiáticos.

### Nuevas (viejas) distopías

En jerga contemporánea, vivimos un tiempo distópico plagado de zombies dietéticos. Supuestamente desprovistos de todo mandamiento ideológico, estos no-muertos proliferan en series más allá de *Netflix* —la plataforma distópica por excelencia— y, en su peregrinar por ciudades convertidas en ruinas posmodernas, concentran la atención de millones de espectadores que asisten diariamente al espectáculo del término de esto y de aquello. Es como una repetición en saga de las muertes anunciadas por el primer pensamiento posmoderno, pero esta vez disponible para una cantidad exponencial de abonados que serían, justamente, los más preparados para enfrentar catástrofes diversas. Si estas producciones, en el caso de las de origen anglosajón, son proclives a representar temáticas más directamente políticas, las que provienen de países nórdicos, en cambio, tienen una preocupación eminentemente ecológica; en ellas el tema que prevalece es el cambio climático. Por ejemplo, *Dark*, primera serie original de *Netflix* hablada en alemán, en la que la preocupación social por la energía nuclear y su utilización es el tema de base. Una serie danesa —*The Rain*— anticipa el final de la especie, en el que obviamente sobreviven los jóvenes. Lo que acaba con la población es un virus que se transmite mediante la lluvia, una suerte de referencia a la lluvia ácida. Estas ficciones actúan en términos de fábulas o cuentos con moraleja respecto de lo que puede suceder si no tomamos medidas. Así, todo el temor a una deriva autoritaria, racista y antifeminista ha prodigado innumerables narraciones cuya función se acerca más a la ficción especulativa que a la mera ciencia ficción. Entre tanta distopía, toda visión de futuro resulta previsible y, por lo mismo, aburrida. Slavoj Žižek decía, hace unos meses, que la condición



de vivir en medio de la pandemia era equivalente a estar en medio de una película de ciencia ficción, pero esta vez ya no en el estatuto pasivo del espectador, sino como protagonistas asombrados y temerosos. Su libro sobre la COVID-19 reafirma algunas tesis ya reconocidas en autores igualmente famosos. Una síntesis apretada de su pensamiento puede leerse en la siguiente cita:

Hace años, Fredrid Jameson señaló el potencial utópico de las películas que tratan de una catástrofe cósmica, como cuando un asteroide amenaza la vida en la tierra o un virus barre a la humanidad entera. Dicha amenaza universal origina una solidaridad global, nuestras mezquinas diferencias se vuelven insignificantes, todos trabajamos juntos para encontrar una solución: y ahí estamos ahora, solo que en la vida real. Esto no es una invitación a disfrutar de manera sádica del sufrimiento generalizado en la medida en que contribuya a nuestra causa. Todo lo contrario: lo importante es reflexionar sobre el triste hecho de que necesitamos una catástrofe para ser capaces de repensar las mismísimas características básicas de la sociedad en la que vivimos. (2020, pp. 47-48)

Más allá de las teorías sobre el origen del virus y sus secuelas, lo que regresa, para encono de adolescentes y viejos posmodernos, es la ideología. De modo que, al cansancio por acumulación de series y ensayos distópicos, le sucede nuevamente la utopía como reafirmación de la ideología. Para quienes creyeron inocentemente en todo tipo de relatos emotivos y decadentes, la nueva realidad trae nuevos desafíos y, por lo mismo, nuevas posibilidades de deprimirse, pero esta vez más allá de las plataformas. Hasta un reconocido exponente de la depresión contemporánea, el novelista, poeta y ensayista Michel Houellebecq, cree en una posible salida, toda vez que seamos capaces de abandonar miradas individualistas y mecanicistas<sup>4</sup>. Tendremos mucho tiempo

---

<sup>4</sup> Probablemente uno de sus libros más lúcidos respecto de esta mirada prospectiva, si se quiere abiertamente depresiva, sea *Las partículas elementales* (1998), una verdadera gran novela sobre la condición humana y, al mismo tiempo, una síntesis maravillosa de la historia contemporánea de Occidente. El final de la novela es pródigo en imágenes sobre la belleza

para aburrirnos, pero también para renovar proyectos cooperativistas, como el de muchos pobladores que organizan ollas comunes, o que atienden a enfermos y asisten a nuestros adultos mayores, muchos de ellos desprovistos de todo sistema público de contención. El cansancio metafísico derivado de los meses de encierro puede ser encauzado en términos afirmativos, asumiendo que nos quedan muchas cosas por hacer, como por ejemplo preocuparnos menos de nosotros y adherir a nuevas formas de igualdad colectiva.

### **Germán Droghetti, *in memoriam***

Nuestro primer muerto por la COVID-10 en la Facultad de Artes fue Guillermo Machuca<sup>5</sup>. Cuando leí la noticia en un portal de internet pensé lo mismo que muchos de mis colegas: qué pena no haber conversado con él la última vez que lo vi, hace ya unos largos meses, en el bar Baquedano. Recuerdo que estábamos con mi amigo César Farah y justamente hicimos el mismo comentario que muchos de nosotros compartíamos, pero sin siquiera vocearlo: debe ser el único “historiador del arte” en nuestra Facultad, el único que publica y reflexiona sobre la producción artística contemporánea. La ironía es trágica cuando revela una verdad escamoteada en el ninguneo universitario. Guillermo Machuca será recordado por quienes lo apreciaron en vida. La institución académica, acostumbrada al maltrato y al levantamiento de falsos próceres, debiese honrar su memoria pidiendo disculpas por el daño infligido. Nobleza obliga.

Decidí conservar las cajas de los medicamentos y guardo los informes de mis exámenes como si fuesen verdaderos incunables. Lo mismo hice con los WhatsApp, copiados y archivados diligentemente

---

del pensamiento en un mundo moralmente en ruinas: “Ahora que sus últimos representantes están a punto de desaparecer, nos parece legítimo rendirle este último homenaje a la humanidad; un homenaje que también terminará por borrarse y perderse en las arenas del tiempo; sin embargo, es necesario que este homenaje tenga lugar, al menos una vez. Este libro está dedicado al hombre” (2019, p. 402).

<sup>5</sup> Profesor Asistente, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile.

en mis notas del teléfono. Desde octubre de 2019 tengo la sensación de estar viviendo (en) la pura contingencia. Casi todo lo anoto en mis libretas y trato, en lo posible, de documentar distintos momentos, porque siento el acecho de algo indecible pero venidero. Seguramente es la sensación de todos, pero aún más acentuada en aquellas personas contagiadas. Al hacer mi examen de anticuerpos pude acreditar algo de tranquilidad, pero esa certeza entra en crisis en la medida en que personas que ya estuvieron contagiadas vuelven a vivir un segundo episodio, a veces más complejo que el primero. Mi médico insiste en decir que viviremos en vilo al menos por un año más, algo demasiado duro si asumimos una posible mutación del virus en términos aún más dañinos. Tendremos universidad virtual por un tiempo prolongado, pero también la fortuna de seguir recibiendo el sueldo mes a mes. No es el caso de miles de personas que perdieron su empleo, y sobre todo de aquellos que deben salir a la calle para conseguir algo de comida.

Germán Droghetti<sup>6</sup> fue durante mucho tiempo el único profesor titular en mi Departamento. Y también el encargado de preparar el menú de fin de año, una liturgia que reúne a moros y cristianos justo antes de iniciar el receso legal de verano. Le gustaban las medialunas y los enrejados de limón que venden los amigos venezolanos de la panadería de Morandé, ubicada casi en línea recta mirando desde la puerta de nuestra sede. En las reuniones de profesores sorteaba el efecto soporífero de los oradores dibujando con su lapicera *Mont Blanc*. Sus dos frases favoritas eran “hola lolito” y “estás lleno de odio”, proferidas, ambas, con una voluntad dramática intensa. Provisto de un humor cultivado en tiempos en que la ironía era señal de lucidez, Germán estaba un poco cansado de la monserga del “aprender a aprender” que nos dosificaron a cuentagotas los nuevos curriculistas. Su maestría no tenía la recepción que otrora le diera la vigencia del antiguo régimen del saber. Era exigente porque venía de una tradición de exigencias y, en ese espacio, a fuerza de genialidad y lucidez, se destacó como pocos. De ahí su portafolio engrosado por innumerables pasantías europeas y otro tanto de trabajos realizados en Chile, de cuyo logro dan fe los relatos de

---

<sup>6</sup> Profesor Titular, Departamento de Teatro, Facultad de Arte, Universidad de Chile.

colegas, discípulas y estudiantes de Diseño Teatral, la carrera en la que enseñó por muchos años.

No tuvimos la suerte ni la oportunidad de despedirlo. Ni siquiera de poder visitarlo en la clínica. El rostro más oscuro de esta pandemia es precisamente ese: las personas mueren en la soledad de los pasillos sin tener la compañía de sus cercanos, abandonados al dictado de una minuta oficial que los desapega del calor de una última palabra, o al menos una mirada de despedida. De seguro, Germán está trabajando en un nuevo proyecto en algún lugar indescifrable para nosotros, pero cercano y amable para él. En ese lugar podrá estar tranquilo y no depender de la violencia de los exámenes ni mucho menos del dolor que precedió a su muerte. Se ha quedado en nosotros su sonrisa, la amistad que cultivaba con Paulina y Mónica, su silla justo a la entrada de la oficina de docencia. Ahora, su foto esperará por un espacio en la pared que recuerda a nuestros muertos. Ya eres memoria querido Germán, y ahora podrás disfrutar, tranquilamente, de esa medialuna proscrita por órdenes médicas.

## **Bibliografía**

Giordano, P. (2020). *En tiempos de contagio*. Trad. Nicolás Pastor. Santiago de Chile: Narrativa/Salamandra.

Žižek, S. (2020). *Pandemia. La Covid-19 estremece al mundo*. Trad. Damià Alou. Barcelona: Anagrama.